

DESMADEJANDO

Por Regina Cohen

Para Amalia.

I

De niñas, montaban bicicleta todas las mañanas, jugaban a la reata, a la pelota, y ya que se cansaban, se metían a su casa a jugar al té y luego vestían a sus muñecas. Tenían dos: una era como Desirée, de cabello oscuro y largo y de facciones bien definidas. La otra como Anaí, delgada, frágil y con el pelo de un castaño cenizo.

Anaí admiraba a su hermana; algo había en ella que ninguna de las amigas tenía: Desirée daba una respuesta para cada pregunta. La pequeña pasaba horas oyendo los cuentos que le contaba "Desi lechuga".

Una vez, después de la cena, se metieron a la recámara a jugar al turista, y luego se pusieron a platicar. Como Anaí no tenía apodo, su hermana la nombró "spaghetti", como su platillo favorito.

II

Cuando crecieron, la admiración de Anaí por su hermana aumentó. Desirée empezaba a ponerse bonita: "es toda una mujer", decía la madre. La pequeña envidiaba la seguridad con que "lechuga" hablaba y se movía. Le gustaba verla en tacones, poniéndose las medias, eligiendo vestido, y le pedía que la enseñara a maquillarse tan bien como ella.

Una noche se desvistieron para irse a dormir, Desirée se miró desnuda ante el espejo. Prendió el radio y se puso a bailar girando su cuerpo suavemente. Disfrutaba sobre todo viendo sus pechos pequeños moverse al ritmo de la música. "Se parecen a los de Nereida pero los míos son más chiquitos", apagó el radio, y se fue a sentar al lado de su hermana. Era la hora en que Anaí preguntaba todo lo que se le había ocurrido durante el día: Desirée, he sentido un cosquilleo entre las piernas.

III

A Desirée le molestaba que su madre se acercara a cobijarlas de noche: Su hermana esperaba impaciente el momento del beso materno en la mejilla y sólo entonces se acurrucaba a dormir con el cordón umbilical prolongándose hacia el cuarto de junto, hasta el vientre de su madre.

Una noche, la pequeña no dejó dormir a su hermana: se movía agitada. El cordón se había violentado y Anaí sintió cómo se enrollaba alrededor del cuello de su padre en el cuarto contiguo. Se la pasó llamando a su madre entre sueños.

IV

Desirée hizo el amor por primera vez a los dieciséis. Cada vez que Alán la abrazaba volvían a su mente los mensajes de su madre: "dejamos de ser buenas si sentimos placer". Pero tuvo que hacerle caso al llamado de su cuerpo, debatiéndose entre el miedo y el pudor: esperó a que el dolor le penetrara las entrañas. "La primera vez duele horrores"; y lo que sintió fue que todo su cuerpo se concentraba en un solo punto tibio, el calor pasando por todas partes, limpiándola de pecado.

Por la mañana se miró al espejo y no encontró ninguna seña, ningún gesto que la delatara. Salió a la calle tratando de descubrir una mirada reprobatoria en los ojos de los que pasaban. Todo parecía transcurrir normalmente.

Anaí quizo saber por qué a su hermana mayor le había dado por vestirse de blanco todos los días. No recibió respuesta.

V

Desirée bebía los días con hielo y le encantaba. Se la pasaba escribiendo su diario cuando todos la creían dormida y planeaba su futuro con la certeza de que iba a ocurrir. Pero luego abandonaba el diario en un cajón para seguirse tomando las horas a sorbos.

VI

Anaí se enamoró y salió a galope con su madre a cuestras. La luna se mofó de ella cuando la vio volver trotando, acompañada de su madre y cabizbaja, unas cuantas noches después de su escape. Ya de vuelta, se ocupó en tejer una red de estambre en la que caían muñecos de trapo con los que ella conversaba hasta el amanecer. Era con estos muñecos con los que se divertía desnuda hasta rendirse. Cuando esto dejó de tener sentido probó jugar de otra manera, convencida de su habilidad en destejer relaciones con la misma rapidez con la que antes tejía.

VII

La música emanó una y otra vez hasta chocar contra los muros de la casa. Desirée sintió que sus poros querían abrirse al ritmo de la música, pero no podían; los muros recordándole su existencia, las palabras de Alán, su huida. Ya no disfrutaba los días fríos, pero seguía bebiéndolos por pura nostalgia.

VIII

Anaí había probado el sabor de la libertad y no le gustó. No entendía ese afán de su hermana por querer salir: "siempre hemos sido felices con nuestros juegos, en nuestra casa, ¿qué te falta aquí?". Pero Desirée estaba decidida.

Los días siguientes revivieron escenas alguna vez compartidas y fantasías pasadas que la otra había podido intuir, viviendo los últimos días que pasarían juntas. Anaí se quedó destejiendo redes cuando su hermana se marchó como había planeado.

IX

Poco después de partir, Desirée trató de enterrar el pasado bajo los muros de hielo.